

ELIK G. TROCONIS

# ASESINO POR RELIGIÓN



# ASESINO POR RELIGIÓN

ELIK G. TROCONIS



©Elik Germán Troconis Martínez

Primera edición: 2014

Todos los derechos conforme a la ley

Responsable de la edición: Rodrigo Porrúa del Villar

Diseño editorial: Rodrigo Porrúa del Villar

Corrección ortotipográfica y de estilo: Felipe Casas

Características tipográficas y de edición:



©Rodrigo Porrúa Ediciones

Fuente de las Pirámides 1—304

Col. Tecamachalco, Edo. de Méx.

(55) 6638 6857

rporrua\_ediciones@prodigy.net.mx

Impreso en México — Printed in Mexico

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.



# I



ErEran las cuatro y media de la madrugada cuando el sueño del detective Dimitris Krekóvich fue interrumpido.

El sonido de su celular se escuchó a lo lejos; pasó la mano por toda la superficie del buró que se encontraba junto a él, pero no encontró el aparato. Sus párpados se sentían pesados y la lagaña en sus ojos le impedía abrirlos.

El celular continuaba sonando.

Palpó nuevamente la mesa de al lado, pero no halló lo que buscaba. Ansió que el molesto sonido se detuviera, pero no tuvo la suficiente fuerza para que su boca emitiera súplica alguna. Deseó poder dormir más tiempo y giró su tronco hacia el costado contrario. De pronto hubo un silencio y el hombre pensó que podría volver a dormir, hasta que de nuevo se escuchó el celular. Recorrió la mesa con la mano una vez más, pero no había nada ahí. La prometida del detective Krekóvich se movía de un lado a otro de la cama diciendo: “Contesta”. Entonces, aún con ideas nubladas, intentó recordar dónde había colocado el teléfono la noche anterior. Finalmente se acordó de que había llegado tarde después de

resolver un caso y sólo pensó en dormir; dejó su ropa colgada en una silla y se dirigió a la cama. Tal vez estaba en uno de los bolsillos del traje.

El detective Dimitris se puso de pie y tomó los pantalones del día anterior. Con rapidez tocó el bolsillo derecho; ahí estaba. Antes de que el timbre cesara de sonar miró la pantalla y contestó. Era el inspector Rafael Velasco.

—Bueno —contestó mientras caminaba hacia el baño para no despertar a Sofía.

—Hola, Krekóvich. Buenos días. ¿Cómo está?

—Dormido.

—Perdón por despertarlo, pero es que tenemos un caso medio raro... un homicidio... Pero está medio raro... Se me hace que vamos a necesitar su ayuda. ¿Puede venir?

—¿En dónde está?

—En la colonia Cuauhtémoc. La calle Río Nilo... es el número cincuenta y tres.

—Muy bien. No tardaré en llegar.

—Gracias. Nos vemos.

El detective Dimitris consideró la opción de regresar a la cama y pasar unos minutos más recostado al lado de su futura esposa, pero sabía que de hacerlo, despertaría hasta unas horas después. Su cuerpo, como el de cualquier otro detective, reclamaba sueño a golpes; el cansancio que sentía no era por la desvelada de la noche anterior, sino por varias madrugadas consecutivas que había pasado trabajando en algún caso.

Después de meditarlo entre la somnolencia, encendió las luces del baño; su visión se ofuscó y debió parpadear varias veces hasta poder acostumbrarse a la iluminación. Dio unos pasos dentro del lugar y encendió su iPod, que comenzó a reproducir una canción en la pantalla; era música *disco*, uno de los géneros que más disfrutaba escuchar. Lástima que debía mantener el volumen bajo.

Dimitris Krekóvich era una de las personas que sostienen que la música debe ser escuchada al volumen en el que enciende los sentidos del hombre y exalta sus pasiones.

Comenzó a vestirse mientras escuchaba el cambio de *disco* a *rock*. Ahora era ZZ Top con *La Grange*, una de sus canciones favoritas. Titubeó en si rociar loción en su cuello o no; al fin y al cabo, el olor de la fragancia no sería mayor al de la putrefacción del cadáver ni más potente que el aroma del formol. Finalmente, optó por hacerlo y comenzó a peinarse el cabello hacia atrás.

Al terminar, escribió una nota en una pequeña tarjeta en la que explicaba a Sofía el motivo de su ausencia y la colocó frente al espejo.

Una vez listo, subió a su auto, un Áltima rojo modelo 2009, y conectó el iPod a un aparato que enviaría la frecuencia al estéreo. Al encender la radio y antes de que el iPod captara la señal, se escuchó la voz del locutor de una estación de radio:

—Son las cinco en punto de la mañana de este hermoso miércoles siete de septiembre de dos mil once.

—¿Qué tiene de hermoso? —se preguntó Dimitris.

Comenzó a escuchar *jazz*.

Rumbo al lugar de los hechos, el detective Krekóvich miraba lo solitarias que se veían las avenidas a las cinco de la madrugada. De pronto cayó en la cuenta de que no había pasado por las calles que lo llevarían al lugar del crimen desde hacía varios años. Recordó que alguna vez fue el camino obligado para llegar a su casa, cuando era sólo un niño.

El detective comenzó a reflexionar sobre la siguiente semana. Nuevamente se involucraría por algunos días en un caso de homicidio. Los asesinatos eran lo que realmente lo apasionaba; resolver misterios de fórmulas industriales robadas o documentos perdidos no albergaban tanta emoción como un homicidio.

Llegó a su destino y esperó estacionado unos segundos antes de bajar. Recargó su cabeza en el asiento y pensó en el caso.

¿De qué se trataría esta vez? Era difícil imaginarlo si el mismo inspector Velasco no sabía lo que sucedía. Tal vez un crimen pasional; quizá encontraría un cuerpo mutilado o acribillado. También podía tratarse de un envenenamiento. Tal vez por eso el inspector no sabía cuál había sido el agente causante de la muerte de la víctima... ¿o las víctimas?



## II



El número cincuenta y tres de la calle Río Nilo era un edificio.

“El inepto de Rafael olvidó decirme el número del departamento”, pensó el detective Dimitris. Consideró llamar al inspector para que se lo dijera, pero supo que no sería necesario: no le costaría trabajo averiguarlo. Luego de atravesar la puerta principal del edificio, el guardia de seguridad se le acercó.

—Buenas... noches, ¿o días ya, verdad? —lo saludó.

—Sí, buenos días —contestó Dimitris. Intentando economizar palabras, mostró su placa, no de policía sino de detective privado; el guardia asintió.

—¿Qué número es?

—El seiscientos tres. El elevador está ahí al fondo —respondió señalando con la mano.

—Gracias.

Caminaba hacia el ascensor cuando recordó que no había llamado a su asistente, el doctor Prometeo Ruiz, el médico forense que había trabajado con él durante numerosos casos; así que tomó

el celular del bolsillo derecho de su pantalón y buscó el nombre que necesitaba en la lista de contactos.

—Bueno —contestó secamente Prometeo un poco irritado; tampoco era una persona mañanera.

—Buenos días, Prometeo. Sé que lo despierto y estoy seguro de que se puede imaginar el motivo.

—Claro, sé que me va a invitar a desayunar a un lindo lugar —respondió entre risas—. ¿En qué calle está, Dimitris?

—En Río Nilo; número cincuenta y tres, departamento seiscientos tres. Dese prisa. Ya todos están aquí.

—Muy bien; voy para allá.

Cuando terminó la llamada, las puertas del elevador estaban abriéndose. Había sido una suerte que la caja de Faraday del elevador no hubiera interferido y cortado la llamada. Krekóvich había llegado al sexto piso. Caminó unos cuantos pasos hasta topar con la puerta abierta del departamento 603. Había un agente de la Policía Federal Ministerial justo a la entrada. Se identificó y el agente le permitió el acceso. Unos pasos más adelante estaba el inspector Velasco.

—Buenos días, Rafael —saludó.

—Qué bueno que llega, Krekóvich —contestó—. Nada más lo estábamos esperando.

—¿Qué es lo que lo confunde aquí?

—Son muchas cosas las que me confunden, Krekóvich. Tal vez quiera ver el cadáver.

—Sería lo ideal, Rafael... Sería lo ideal —contestó mientras caminaban hacia una de las habitaciones.

La decoración del departamento era bastante lujosa para la austeridad del edificio; los muebles, aunque no eran nuevos, lucían opulentos. La mayor parte del lugar estaba cubierta por una alfombra color *beige* y abundaban espacios completamente vacíos que únicamente daban un aire de amplitud al sitio.

En las paredes no había retratos, sólo pinturas con la imagen de un dios. El detective Krekóvich no pudo identificar a la deidad desde lejos y no se acercó a los marcos; le interesaba más el cadáver... al menos hasta ese momento.

De lo único que se percató en aquel instante fue de que las pinturas de ese dios, que claramente no era el dios cristiano, abundaban en el lugar.

“Tal vez se trata de algún fanático”, pensó para sus adentros.

Ambos hombres entraron a la única habitación del departamento y fue entonces cuando Dimitris Krekóvich comprendió que no se trataba de un caso cualquiera. Miró la cama y encontró en ella un cadáver tendido en posición de firmes; los brazos pegados al tronco con las manos tocando la parte externa de los muslos y las piernas perfectamente estiradas. El cuerpo pertenecía a un hombre de elevada estatura, probablemente 1.85 metros, de piel color marrón, cabello oscuro y bastante vello facial; poseía lo que se podría llamar una barba densa, sin exentar el bigote y las pobladas cejas. Su torso se encontraba al descubierto al igual que los pies, mientras que las piernas vestían un pantalón blanco que daba unos cinco centímetros abajo de los talones.

Lo que hacía al cuerpo único eran las marcas en el tórax. Se apreciaban tres cicatrices de gran tamaño, dos de ellas sobre cada uno de los pectorales. En el derecho había una figura semirrecta y en el izquierdo un objeto que tenía tres puntas. Más abajo, a la altura de las primeras dos fibras musculares del abdomen, se observaba una extraña marca circular con algunas imperfecciones.

El detective se acercó a la víctima para poder mirar las peculiares cicatrices. Al contemplarlas, se percató de que no había sangre a su alrededor; estaban completamente aisladas de cualquier otra sustancia. El cadáver estaba impecable.

—Las aberturas en la piel fueron cosidas —dijo el inspector Velasco.

—Pero no es el tipo de sutura que un cirujano realiza en un quirófano —advirtió el detective Dimitris reservando sus observaciones para sí mismo y manteniendo un abismal silencio.

Los casi dos metros del detective se inclinaron nuevamente sobre la cama y el hombre posó sus ojos por encima del torso de la víctima. Observó las cicatrices más de cerca. La primera no tenía mucho que ser estudiado: era una línea recta que presentaba una desviación a la mitad; en lugar de continuar bajando, subía un par de centímetros y posteriormente bajaba de nuevo. La marca del pectoral izquierdo lucía como un trinche, mientras que la tercera marca era inidentificable; se trataba de una figura circular con base plana que parecía haber sido dibujada por un niño pequeño a causa de las irregularidades en el trazo.

El detective Krekóvich intentó vincular las tres figuras, pero le resultó difícil al no tener ninguna relación de la tercera imagen.

Examinó el resto del cuerpo minuciosamente y luego de unos momentos exclamó:

—¡Claro! ¡Un rayo y un tridente!

—¿Qué? —preguntó sorprendido el inspector.

—Las marcas, Rafael, ¡mírelas! La primera es un rayo y la segunda un tridente.

—¿Y la otra?

—No lo sé aún, pero usted también puede aportar algo —contestó el detective comenzando a molestarse.

Antes de que se desencadenara una de las riñas ordinarias entre el detective Krekóvich y el inspector Velasco, se escuchó la voz del doctor Prometeo Ruiz saludando al último.

—Pensé que no llegaría nunca, Prometeo —dijo el detective.

—Perdón por la demora, Dimitris —contestó en el momento en que veía el cuerpo—. ¡Válgame Dios! ¿Qué es esto?

—Lo mismo me pregunto yo, Prometeo —respondió su colega—. Es un infortunio; eso es seguro.

—¿Qué son esas marcas? —inquirió.

—Me alegra que pregunte. Es muy curioso. Las marcas son recientes; por eso pienso que el asesino debió hacerlas. No parece que sean cicatrices de alguna cirugía o algo parecido.... Pienso que representan un rayo y un tridente; desconozco lo que sea la otra imagen. Lo curioso es que están suturadas. Mírelas, Prometeo, acérquese.

El doctor Prometeo se agachó y observó las marcas.

—No cabe duda de que son recientes —dijo.

—Muy recientes...

—Tuvo que haberlas hecho el asesino. Qué extraño que estén suturadas.

—Lo mismo pensé —respondió el detective Krekóvich.

—Si las iba a suturar, ¿por qué cree que el asesino haya hecho las cortaduras en primer lugar?

—Tortura, quizá, Prometeo. Tengo el presentimiento de que esta investigación girará en torno a la pregunta de por qué el asesino suturó las heridas.

—Debe haber tenido una buena razón como para haberse tomado el tiempo necesario para hacerlo. No es cosa ordinaria y no cualquiera sabe hacerlo.

—Tiene razón en eso último; tal vez nuestro asesino es médico, Prometeo... Cuando menos tiene conocimientos de Medicina.

—Es muy probable; las puntadas están muy bien hechas... Pero sigo sin entender por qué están suturados los cortes.

—Igual y para que no se desangrara —fue el perspicaz comentario del inspector Velasco.

—Tal vez sea una señal... un mensaje que el asesino quería transmitir —dijo el detective Dimitris.

Los tres hombres permanecieron pensativos unos momentos. El inspector Velasco sólo recorría la habitación con su mirada,

esperando encontrar respuestas en las paredes. La concentración de los otros dos investigadores era genuina; no cabía dudar de la autenticidad de su entrega.

—Un mensaje...

—¡Claro! —dijo súbitamente el detective Krekóvich—. El asesino quería dejar un mensaje. Por eso la exactitud en los objetos retratados. Algo deben significar el rayo, el tridente y el otro dibujo. ¿Pero qué?

—Espere, Dimitris; si el criminal dejó un mensaje —agregó Prometeo—, hay de dos: o lo hizo para que lo atrapemos para redimirse o significa que éste no será su único asesinato.

### III



En la habitación se escuchó un prolongado silencio que todos los presentes aprovecharon para meditar. Las dudas eran numerosas y las respuestas, escasas.

—Rafael —dijo el detective Dimitris—, ¿vendrá alguien más de la estación de policía o sólo los peritos?

—Sí.

—¿Sí qué? ¿Sí vendrá alguien más? ¿O sí sólo los peritos?

—Va a venir alguien más. Es una joven nueva; es buena investigadora.

—¿Investigadora?

—Sí, es mujer. Éste va a ser su primer caso.

—¿Cuál es su nombre?

—Paola Castañeda. Ya no debe tardar. Y sí, también van a venir los peritos.

—¿Cómo llegó a ser investigadora? —preguntó Dimitris olvidando a los peritos.

— Estudió en un estado del Norte... Creo que en Tamaulipas. Y fue recomendada; así que ahora está con nosotros. Acaba de llegar a la ciudad apenas hace unos días; dice que nunca había estado aquí antes.

— Muy bien.

El detective Dimitris y su asistente continuaron indagando en la escena del crimen. Por más que analizaron, no encontraron la relación entre el tridente y el rayo. “Ambos simbolizan poder”, pensaba Krekóvich. “Son armas”, consideraba Prometeo. “Ninguno de los dos son alcanzables para el ser humano. Representan un ideal intangible”, conjeturaba el detective.

— ¿Qué cree que pueda ser el tercer objeto, Dimitris? — preguntó el doctor Prometeo.

— No lo sé; no se me ocurre nada que pueda ser una figura circular con base plana.

A decir verdad, ésa era la esencia de la imagen. Además de eso, sólo se observaba algunas hendiduras y prominencias a lo largo de la circunferencia. No era gran cosa.

Sin nada más que hacer hasta que llegaran los peritos, ambos investigadores comenzaron a recorrer el resto del departamento.

— Dimitris, ¿qué dios está representado en esa pintura? — dijo Prometeo señalando uno de los cuadros colgados en la pared de la sala, aquéllos en los que el detective Krekóvich había fijado su atención antes de observar el cadáver.

El hombre se acercó a mirar el cuadro y lo inspeccionó unos momentos.

— No tengo el gusto de conocerlo, Prometeo; pero estoy seguro de que se trata de algún personaje de India.

— ¿Y aquél? — preguntó el doctor señalando uno de los cuadros del comedor.

Dimitris Krekóvich caminó hasta quedar cerca de la imagen. La observó minuciosamente intentando hallar un nombre en su



mente. La pintura exhibía a un hombre de tez morena, pero de rostro iluminado por la aureola que circundaba su cabeza. El sujeto se encontraba sentado sobre un tapete en el piso ostentando una postura de meditación: la rodilla derecha sobre el pie izquierdo y viceversa, con las manos sobre cada pierna. El cielo azul fungía como fondo y la parda tierra como base. Sobre el cráneo lucía una especie de turbante dorado; sin embargo, no era aquella pieza abultada y aparatosa que usan los musulmanes; era mucho más sencilla y se limitaba a cubrir la cabeza ajustadamente. Barba y bigote completamente blancos se observaban debajo de los oscuros ojos que miraban hacia la lejanía, por arriba de los cuales se apreciaban unas delgadas cejas de color negro. Vestía algo similar a una túnica dorada, del mismo tono que el turbante, y encima de ella una prenda gris abierta que igualmente caía sobre el suelo. Del cuello se desprendía una delgada cadena que reposaba sobre la túnica hasta la altura del ombligo.

—Es Gurú Nanak —contestó con seguridad.

—Ahhh... ese tipo me debe dinero —bromeó Prometeo.

Ambos rieron.

—Es el fundador del sijismo. Es una religión que nació en India y sus alrededores a principios del siglo XVI.

—Pero me imagino que es sólo el profeta, ¿no?

—Así es. Su dios recibe el nombre de Waheguru.

—¿Qué significa el nombre?

—*Wahe* quiere decir “supremo”, “el más poderoso y más grande”; mientras que *guru*, que equivale a “gurú” en español, significa “maestro”. Waheguru es, por lo tanto, “el maestro supremo”.

—¿Y no será uno de las otras pinturas?

—No, para nada. Los sijes piensan que su dios no tiene forma; ni siquiera le atribuyen género, es decir, no declaran que sea hombre ni mujer. Es un poco el pensamiento de que dios es todo y está en todas partes todo el tiempo dentro de todo.

—Ya veo.

El detective Krekóvich se acercó a otra de las imágenes y luego de leer una inscripción de la parte inferior, meditó unos segundos antes de declarar:

—Ahora entiendo. Ya le he referido la identidad de Gurú Nanak; pues el resto de los sujetos retratados son los gurús posteriores a Nanak; exactamente nueve; haciendo un total de diez gurús humanos; uno por cada cuadro en este lugar.

—¿Y cuál era la función de estas personas?

—Podríamos decir que fueron los papas del sijismo; eran la máxima autoridad religiosa de esta doctrina. Cada uno contribuyó de manera distinta al sijismo difundiendo ciertas enseñanzas. Se dice que los diez gurús tenían la misma alma, la cual pasó de uno a otro para que siguieran esparciendo conocimientos sobre el sijismo, de tal manera que sus seguidores fueran lo que son hoy en día.

—¿Y por qué sólo diez?

—El último de ellos decidió que no debía haber gurús; que la máxima autoridad religiosa debía ser su manuscrito sagrado, "*su Biblia*", por decirlo de alguna manera. Decidió que el texto sagrado, que había sido escrito por los diez gurús, sería el undécimo y definitivo gurú, a grado tal, que se le conoce como "*Guru Granth Sahib*". Cosa mucho más sensata que el catolicismo, ¿no cree?

—Definitivamente.

En ese momento, dos peritos aparecieron en el departamento y comenzaron a mirar alrededor, siguiendo la rutina cotidiana: algunas fotografías por aquí y otras más por allá. De pronto, una mujer de estatura mediana y complexión delgada se acercó a Dimitris y estrechó su mano con calidez.

—¿Detective Krekóvich? —preguntó.

—Presente —contestó él.

—Buenos días, detective. Mi nombre es Paola Castañeda.

—Mucho gusto, Paola. Te presento al doctor Prometeo Ruiz.

—Mucho gusto —dijeron simultáneamente.

—Ven, Paola —dijo Velasco—. El cadáver está aquí.

Mientras los peritos observaban la sala, que nada de importancia contenía, los cuatro investigadores regresaron a la habitación de la víctima. Saltaba a la vista que uno de los muebles estaba en el suelo y los cajones del armario estaban abiertos. Al lado de la cama estaba tirada una lámpara de mesa con base de porcelana. Evidentemente se había llevado a cabo una riña en ese lugar.

—¿Cómo se supo que el hombre estaba muerto? —preguntó Paola.

—El olor a putrefacción llegó hasta el departamento de al lado —declaró el inspector.

—¿Ya interrogaron al vecino? —preguntó de nuevo. La chica hacía las preguntas correctas. Parecía saber lo que hacía.

—Todavía no; tal vez tú vas a hacer eso —respondió Velasco.

—¿Pero reconoció el cadáver? —preguntó el detective Krekóvich—. ¿Estamos seguros de que el cuerpo que hay aquí pertenece a la persona que habitaba este departamento?

—Sí —contestó Rafael—. El vecino estuvo aquí cuando entramos y vio el cuerpo.

—¿Cómo se llama? —inquirió el detective.

—¿El vecino?

—Sí.

—Ehhh... No me acuerdo del nombre, pero se apellida Rosales.

—Muy bien —respondió Dimitris. Todos reflexionaron un momento sobre un detalle que no habían advertido—. Dice que el vecino se dio cuenta por el olor, ¿cierto, Rafael?

—Sí.

—¿El olor era tan fuerte que lo despertó? —Hubo un momento de silencio—. ¿O cómo se dio cuenta?

Cuatro pares de ojos se encontraron con miradas sospechosas.

—Él pudo haber sido el asesino —dijo Prometeo.

Después de unos segundos de meditación, Paola tomó algunas fotografías del lugar y del cadáver.

—Por favor toma algunas del tórax y una sólo de este objeto —dijo el detective Dimitris, señalando la marca cuyo significado se ignoraba.

—Sí, detective.

—Prometeo, Paola, vayamos a examinar la puerta; puede ser que esté forzada —los invitó Dimitris.

Los tres investigadores, seguidos por el inspector Velasco, se dirigieron hacia la entrada y observaron la puerta. En el marco, a la altura de donde encajaba la cerradura, se veían rayones y tiras de madera desprendidas. Parecía como si un cuchillo hubiera raspado la madera.

—Sí fue forzada —concluyó el inspector Velasco.

—De esa manera —comentó el detective Krekóvich—, el asesino tuvo que haber sido alguien a quien la víctima no conociera; de lo contrario, al criminal le hubiera bastado con tocar a la puerta para que la víctima lo dejara entrar a su departamento.

—Muy bien —dijo Paola sacando un cuaderno de apuntes pequeño—, ¿entonces qué llevamos hasta ahora? —Tomar notas de los acontecimientos era algo que pocos detectives aún hacían.

—El asesino, alguien desconocido para la víctima, irrumpió en el departamento y se batió en una riña con la víctima —resumió Dimitris Krekóvich—. Lo que abre la posibilidad de que el criminal se haya topado con la víctima dentro del departamento por accidente o de propósito.

—De la misma forma, el asesino seguramente no portaba un arma de fuego; de lo contrario, la habría usado —dijo Prometeo.

—O tal vez sí portaba una, pero sólo para una emergencia —agregó el detective—. Claramente, las marcas en el tórax muestran que el

hombre buscaba hacer una obra de arte con el cadáver de la víctima y un disparo la hubiera arruinado.

Hubo un silencio.

—¿Cuál es la causa de muerte? —preguntó Paola llevando sonido a la conversación.

—Estrangulamiento; tenía unas marcas en el cuello que dibujaban la forma de dos manos —contestó Prometeo.

—Después de darle muerte —explicó el detective Krekóvich—, el asesino realizó unas cortaduras en el tórax de la víctima; gracias a que el flujo sanguíneo se había interrumpido, no se produjo un batidero de sangre en la habitación. Posteriormente, el asesino suturó las heridas dejando tres marcas: un rayo, un tridente y un objeto desconocido.

—Pero, detective —dijo Paola mirándolo—, ¿qué significan esas marcas?

—Si lo supiera, estaríamos a punto de llegar a la resolución del caso, Paola. Estoy seguro de que el caso recae sobre ellas y de que deberemos entenderlas para aclarar los hechos.